

Eres el haz rosáceo de un lampo de alegría,
 que alumbra un alma jóven;
 y el traje sonrosado con que los sueños visten
 los pobres trovadores.
 ¡Y eres la blanca página de tu álbum eucarístico;
 y eres montón de soles,
 que esfumas con los brillos de tus hechizos magnos
 las sombras que te dejo cual copo de dolores!



ASDRÚBAL E. DELGADO ⁽¹⁾

ECOS DE UNA SALA.

Año 1901.... Consistorio del
 Gay Saber. *Montevideo.*

¿ ?

¡Oh, no, ricura mía!
 ¿Piensas tú, todavía,
 En esas cábalas de alevosa intención?
 ¿Ignoras que tu boca
 No gozadas delicias provoca en mi boca,
 Que implora tu boca con mimosa fruición?

¡Cómo no he de adorarte,
 Favorita del arte
 Del mimo, del beso, del nervioso mirar!
 ¡Si tus años son míos,
 Si tus mimos y besos y ojos son míos,
 Favorita del arte de hacerse adorar!

¡Ven, gatita mirrina,
 Zalamera extra fina,
 No te importe esa charla de pícaro ardid!
 Ven, repite la jura
 De aquel día.... ¿recuerdas mi vieja armadura
 Y la dama ofendida y la espada del Cid?....

¡Ven, deja que mis besos,
 Como niños traviesos,
 Busquen los tesoros que hay bajo tu corsé;
 Czarina de mil Rusias,
 Vamos pronto al Kremlin de tus sabias astucias,
 Que ya sé nuevos cuentos del sabio Mendés!

(1) De ASDRÚBAL E. DELGADO sólo se conocen algunos versos publicados en periódicos literarios. Nació en el Salto Oriental y cursó jurisprudencia, recibiendo el título de abogado en 1904. Ha figurado en política, tomando parte en la última revolución cayendo herido en la batalla de Cupambaé. Ha ocupado en diversas ocasiones la tribuna política. Sus versos, amables y lijeros, son verdaderos madrigales, de espíritu delicado y deliciosa ingenuidad.

¡Oh, ven, boquita inquieta,
 Adorable coqueta,
 Ven pronto... así, así... muchos más, muchos más!
 ¡Así, sé generosa,
 Oh mi hermosa mimosa,
 Sultana, Czarina, reina de cien Sabás.

Bésame; ¡oh los besos!
 ¡Oh tus besos espesos,
 Que saben á fresas de una tierra sensual!
 ¡Oh, divina, divina,
 Que valen los besos de tu boca divina
 Mucho más que la patria del viejo Stendhal!

Goza, Goza, bien mío,
 Que mi Ruben Darío
 Rimaré nuestro goce en un verso inmortal.
 Ríe, ríe, bien mío,
 Que en el verso inmortal de mi Ruben Darío
 Será el ritmo tu risa de goce triunfal!

TOUT PASSE, TOUT LASSE....

(En el Album de Ernestina Mendez Reissig).

Mujercita, mujercita,
 Bien querida mujercita,
 ¿Por qué tu voz se marchita?
 ¿Por qué se arruga tu tez?
 Tu garganta ya no canta
 Dí, ¿por qué razón no canta,
 Si era alegre tu garganta,
 Dí, mujercita ¿porqué?

¡Cuántos años, cuántos años,
 Tras nuestros primeros años!
 Y qué grandes desengaños
 En los años ¿no es verdad?
 Ya no corres por tu huerta....
 ¡Qué alegre que fué tu huerta!
 Y hoy qué triste y qué desierta,
 Pobre huerta, cómo está!

Eran tu orgullo las flores
 Y en tu huerta ya no hay flores.
 Ya no hay en tus tocadores
 Ni rosas de Jericó.
 Y pensar que en otros días
 ¡Qué alegres aquellos días!
 Con qué cariño decías
 « Mis rosas de Jericó! »

Mujercita, Mujercita,
 Bien querida mujercita,
 ¡Cómo tu voz se marchita!
 ¡Cómo se arruga tu faz!
 Ya no corres por la huerta....
 ¡Fué tan alegre tu huerta,
 Y hoy qué triste y qué desierta,
 Pobre huerta, cómo está!

Ya no hay luz en tus salones,
 Huyeron de tus salones
 Las brillantes recepciones
 Los escotes y los fracs.
 ¡Qué triste está la glorieta!....
 Aquella alegre glorieta
 Donde daban su retreta
 Los mirlos de la heredad.

Cuántas veces mujercita,
 Bien querida mujercita,
 Acudías á la cita
 Escondida en la *terrasse*.
 Cuántas veces en el piano,
 ¡Oh los recuerdos del piano!
 Buscó tu pequeña mano
 Los cantos de la heredad!

¡Qué hermosos fueron tus ojos!
 Ya nadie alaba tus ojos;
 Nadie observa tus sonrojos
 Con indiscreta atención.
 No se habla de tu elegancia....
 ¡Y pensar que tu elegancia
 Puso en los labios de Francia
 El nombre de tu nación!....

DE AMORES.

Te adoro,
Al compás de unos lanceros balbuceó mi corazón.
Y tú, incrédula, dijiste repitiendo mi « te adoro »:
Yo no creo en tu cariño, yo no creo en tu pasión.

Te adoro,
Volvió luego á sollozarte, temblando mi corazón,
Y esta vez tú sonreíste sin repetir mi « te adoro »
Y sin decir que dudabas de la verdad de mi amor.

Te adoro,
Mi corazón anhelante poco después repitió...
Y por fin mirando al suelo, dijiste « también te adoro ».
Pero entonces, alma mía — perdóname — dudé yo.

Á MI PRINCESA.

Mi princesita de ojos azules
Dime ¿ qué tienes?
¿ Por qué me miras con tanto enojo,
Con tanto enojo si es que me quieres?
¿ Te han dicho, acaso, que no te adoro
Con toda el alma?...
¿ Mírame alegre, mi princesita,
Mi princesita de ojos azules
Como las aguas!....
Que me sonrían llenos de gracia
Tus lindos ojos,
Y me acaricien tus largos rizos,
Tus largos rizos de seda de oro!
Y me repitas á cada instante
Que me idolatras....
¿ Cuánto te quiero, mi princesita,
Mi princesita de ojos azules
Como las aguas!....

HORACIO QUIROGA ⁽¹⁾LEMERRÉ, VANIER Y C.²

Bajo la curva, la noche plomo;
sobre el aliento, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible, rígido alambre.
Por la ventana que está entreabierta
la Luna muestra su faz de muerta,
desfigurando, tras los cristales,
algunas piedras filosofales.
Se angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes,
y gime en finos ruidos distantes
como murmullos subrepitantes.
Sobre los bordes de la campana
suenan las cuatro de la mañana.
Los negros perros, estremecidos,
lanzan al aire largos aullidos.
Chirrian los gonces de un modo adusto,
y á la ventana se asoma un busto:
como los muros — en línea recta —
la Luna en negro disco proyecta
sobre la altura del macadám,
como un curvado, trágico escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Nôtre-Dame.

EL JUGLAR TRISTE.

La campana toca á muerto
en las largas avenidas,
y las largas avenidas
despiertan cosas de muerto.

De los manzanos del huerto
penden nucas de suicidas,
y hay sangre de las heridas
de un perro que huye del huerto.

(1) Por el año 1900, la prensa literaria del país recojó algunas composiciones firmadas por Aquilino Delagoa, que llamaron justamente la atención. Más tarde, con motivo de un concurso donde se asignó el premio á un trabajo que llevaba esa firma, se supo que el seudónimo, correspondía á Horacio Quiroga. HORACIO QUIROGA nació en el Salto Oriental, viajó por Europa, y en París intimó con algunos literatos franceses. Después de su iniciación en 1900, publicó un tomo de verso y prosa, titulado *Los Arrecifes de Coral*. Radicado más tarde en Buenos Aires, dió un tomo de cuentos:

En el pabellón desierto
están las violas dormidas;
las violas están dormidas
en el pabellón desierto!

Y las violas doloridas
en el pabellón desierto,
donde canta el desierto
sus victorias más cumplidas,
abren mis viejas heridas
como campauas de muerto,
las viejas violas dormidas
en el pabellón desierto.

CANCIÓN.

Surgen en línea de negras vendas,
con el Asombro sobre las frentes,
las insensatas, mudas Ideas,
como un galope de muertos héroes.

Infla la hipérbole de los deltoides
la curva austera de una Amenaza,
soñando en lacre gritos ó ahullidos
sobre el decúbito de las razas.

La desmedida Comedia Blanca
pi ta, entre risas, frío albayalde
sobre las lívidas caras enfermas,
En una brusca visión de baile.

Mancha de púrpura presagia el cielo
sobre el oriente de los naufragios,
y en El Espanto, las avanzadas
miran la aurora de un día trágico.

Acurrucada sobre los hielos
suelta la Angustia lívida risa,
mientras los muertos huyen del Polo
con la leyenda de sus pupilas.

Esta es la estrofa de ritmo extraño
que entona el pálido cantor del Hambre,
cuando cien garzas cruzan el frío,
sus blancas alas tintas en sangre.

El Cuento del otro. Sus composiciones en verso, sin duda las más audaces publicadas en el país, son una resonancia de las extravagancias del grupo simbolista francés. Pero, el autor, que posee un temperamento exquisitamente artístico, ha utilizado todos esos vagos estados del alma, creando algunas piezas de verdadero mérito.

LAS PANTALLAS DE FÁTIMA.

Niebla y paisaje. Vago hemisferio
que marca un lírico planisferio;
noche de noches y de zafires
sobre la ruta de los fak res;
luna que azula la lontananza
con las turquesas de su romanza;
cielo que empluma los desanuelos
con la quimera de tardos vuelos:
es el desierto de locas glorias
donde se angostan las trayectorias.
Tienden las brumas en los mirajes
su desabrido guipur de encajes.
Luz indecisa de un asteroide
sobre la negra mancha elipsoide,
y hay un Mar Muerto tras la neblina,
como una gota de tinta china.

TU AGONÍA.

La tarde se moría; y en el viento
la seda de tu voz era un piano,
y la condescendencia de tu mano
era apenas un suave desaliento.

Y tus dedos ungían un cristiano
perdón, en un sutil afilamiento;
la br sa suspiró, como en el cuento
de una melancolía de verano.

Con tu voz, en la verja de la quinta,
calló tu palidez de fior sucinta.
La tarde, ya muriendo, defluía

en tu sien un suavísimo violeta,
y sobre el lago de tersura quieta
los cisnes preludiaron tu agonía.

COMBATE NAVAL.

Flamean en el aire los gallardetes
sobre el vientre vacío de inflados foques,
y aún el centelleo de sus estoques
la vanguardia marina de los cadetes.

Repercute en el pomo de los floretes
la arterial valentía con claros choques,
y en el salón distante suenan los toques
de un hipnótico dúo de clarinetes.

Y comienzan de pronto las desazones:
Más alto que el reflejo de los cañones
se extienden en la bruma los catalejos;
y más alto que el humo del carbón de hulla
alza el clarín su grito, y el bronce aúlla
á la mancha de sangre que ve de lejos.

ITALIANA.

Finalizando alrededor
de un buen soneto.

Por tres veces, detrás de la alquería,
era grata á mis manos tu pereza;
el sol se hundió, dorado de tristeza,
en un rayo glacial de hipocondría.

La campana sonó el Ave María,
llenóse de balidos la dehesa,
y los bueyes volvieron la cabeza
lentamente, á aquel cielo de agonía.

La tarde descendió, con luces raras,
á tu triple collar de perlas claras.
Bajo los rumorosos naranjales

miramos sin pensar el dios de yeso,
y en el leño sonámbulo de un beso
grabamos nuestras mutuas iniciales.

CON FÚTIL ELEGANCIA.

El agrio cascabel de la locura
martiriza cerebros que son limbos...
Lugones.

Una voz tan seductora
que parece de mujer.
Federico Ferrando.

Con fútil elegancia de modelo
—verdes encajes y caprichos gualda—
la banal compostura de tu falda
prolongó aquella noche en mi pañuelo

su pliegue tenaz. La mueca jalda
de una máscara gris de terciopelo
sollozaba y reía bajo el pelo
sobre el frío versátil de tu espalda.

Los champañas sin alma naufragaban;
y en tanto que tus manos se extraviaban,
sonó, con intranquila conjetura,

en el borde estridente de tu copa
desde el vértigo azul de una galopa,
el sordo cascabel de mi locura.

TU GARGANTA.

El verano perdió su fuego externo;
y á la luz de la tarde postrimera
sonreía á tu enagua, en la ribera,
la displicente gracia del invierno.

Iba á velar contigo la primera
noche violeta de un país moderno;
el mar sonaba, bajo el viento eterno,
la amplitud de su sorda carraspera.

Y como el mar en sus pueriles glosas
prolongara el mutismo de las cosas,
llenó el silencio, como voz que encanta,

en el suave crepúsculo salino,
bajo tu copa de color marino,
el sonoro glu-glu de tu garganta.

LOS PEQUEÑOS VAPORES.

Era un soplo la voz del campanario;
y en el escaso sol de la bahía
como un ala de nieve se perdía
la palida belleza del estuario.

Cantabas, con los salmos del breviario,
vagamente la mística alegría,
cuando era más incauta tu agonía
sobre el ancho paisaje literario.

Y en la tarde propicia de aquel Junio
que azulaba el adiós del plenilunio,
apagó tu fructuosa cantilena

bajo el silencio tibio de mis guantes,
la noche que traía, por instantes,
el lejano clamor de una sirena.

EL MARTES, 24 DE NOVIEMBRE...

El Martes, 24 de Noviembre,
bailamos la romántica gavota.
Las señoras brindaban sobre el hombre
sonrisas. En el raso de las colas,
temblaban los reflejos del vestido;
las sedas repetían sus estrofas
en la cadencia de su muda orquesta;
tus ojos se perdían en la forma
de los verdes jarrones japonistas,
y en la nieve de sangre de tu boca
se abrasaba el país de un abanico.
Desmayaba la niebla de tus blondas
en la infinita languidez del paso.
Tras la arcada gemente de las violas
oímos de una voz el dulce acento:
la noche de Noviembre, venturosa,
inspiraba al pierrot dulces romanzas,
acariciando con su frente angosta
la satinada piel de un guante crema.

Á LA SOLTERONA.

Las luces del quinqué entristecen la estancia
con el cruel recuerdo de una tarde de ayer.
Sobre la tela antigua, un dibujo al pastel
solloza línea á línea su antigua fragancia.

Ella, la dulce anciana, con su gracia de antaño
toca en el clavicordio un scherzo sin fin,
y llena la tristeza de su empolvado abril
de una melancolía que apenas hace daño.

Él, en tanto, sentado junto á su buena amiga
lleva á su boca lánguida una taza de té,
y posa suavemente sobre el tibio corsé
una caricia vieja de los mejores días.

Sin mirarse, pasean. Oh! los viejos señores,
cómo su voz es trémula recordando el jardín:
ella lloraba siempre... él estaba en París,
y es un discreto pío de viejos ruiñones:
ella llorando siempre... él lejos... en París...

ORELLANA.

Es el grado de las noches incendiarias y crispadas.
Bajo el bronce-cobre-plata de las franjas atrigadas
brama el púvil de cien saltos, de la selva tropical;
repercuten en el borde de los élitros chirriantes
— ¡veneciana jaula de oro! — las galvánicas y errantes
vibraciones estridentes de las erres de metal.

Tiembla el golpe de la Luna sobre el dorso de los lagos.
Los jaguares somnolientos de neuróticos amagos
runrunean dulces carnes de montmartres ó de harén,
aguzando la violencia de su antojo desmayado
en sus garras perezosas, como símbolo estrujado
tras la curva sobrehumana de una frente de Rodin.

Recrudescen en la sombra los euforbios agresivos;
hincha el crótalo la bilis de sus dientes expansivos
redoblando á la sordina su fatídico tambor;
bate el bronce de un rujido, replegándose en el viento;
cae la noche; y al ataque de un crepúsculo sangriento
calla el bosque americano, todo lleno de estupor.



JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA ⁽¹⁾

MEDIA NOCHE.

Cómo brillan, cómo ríen, las pupilas soñadoras de la noche;
Cómo ritman sus canciones, los fantasmas que en las sombras,
Embriagaron con el néctar de los dioses, las bacantes,
Las orgiásticas deidades, de supremas ansias locas...

Cómo sufre en las alturas, la viagera solitaria
La abandonada amante de un Rey á quien adora...
Cómo oculta á sus hermanas, la pasión que la consume.
Cuánto sufres, cuánto sufres, — ¡oh viagera solitaria de las sombras! —

Hay un lirio ensangrentado que agoniza en el sendero. —
Al decirle una estrofa, lo hirió con sus agravios, una rosa. —
Ven mi amada, libemos una lágrima de la viagera histérica,
Oh, mi hermosa, mi pálida Julieta! — en la sangrienta copa!

Mira cómo languidecen, cómo se agostan las azucenas
Que con sus corolas, color de cielo, la senda alfombran...
Conmuévelas la noche, con su silencio, con sus misterios,
Con sus fantasmas tétricos de horribles formas...

Qué extraños gritos, qué ruidos lúgubres, parten del bosque.
Los faunos hambrientos, de ansias bestiales, que en sus sombras moran
Celebran sus orgías, sus saturnales, y escancian vinos,
En monstruosos cráneos humanos que se desbordan...

.....
.....

Cómo ríen, cómo danzan en la senda, las bacantes!
Cómo brillan, de la noche, las pupilas soñadoras...
Cómo ritman, en el bosque, sus canciones, los espectros!
Cuánto sufres, cuánto sufres, oh viagera solitaria de las sombras!

(1) JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA, hijo del ilustre hombre público del mismo nombre, empezó á escribir siendo un niño aún en *La Alborada*. Cuentos románticos, páginas de crítica, versos, todo lo tentó con más ó menos éxito, pero poniendo en sus trabajos una nota personal. Fundó enseguida la revista «*América Literaria*», de vida efímera, y siguió colaborando en la prensa del país. Desviado hácia las escuelas decadentes, exajeró la tendencia, publicando *La Revista*, *La Revista Literaria* y otros periódicos, composiciones de un mórbido sonambulismo, producto de una sensibilidad errática. En *Vida moderna* publicó verso y prosa. Este poeta, que tiene verdadera originalidad, posee la más grande de las virtudes: no se ha embanderado en ningún círculo literario. Parece que su musa, que á las veces es áspera y misantrópica, desdeñara un medio ambiente, donde esa literatura de sensitivos no ha echado raíces.

VIBRACIONES DE FIEBRE.

EL PECADO.

En el habla sibilina de mis pálidas canciones,
Oficia su liturgia mi duda silenciosa, —
Sacerdotisa estéril, que rima fatigosa
En lentas agonías, mis rudas oraciones.

La histérica insensible que esgrime las traiciones
Con la inconsciente burla de su alma caprichosa
Rióse de la angustia de mi actitud penosa
Para vivir extrañas, siniestras emociones.

Exacerba, en mi rudo desconsuelo,
El horror de mis noches intranquilas,
El fatídico espectro de mi duelo,

Mis dudas van cruzando en largas filas,
En medio de las brumas de mi cielo,
Severas como espectros de Sibilas.

LOS REMORDIMIENTOS.

Pouvons-nous étouffer le vieux, le long
Remords?

Baudelaire.

La noche obsesionante de mi hastío,
Dijeron con espanto los horrores
La brutal desnudez de tu extravío.
En la audaz rebelión de mis dolores,

Anankée profanó mi desvarío
Y eternizó en mis celos vengadores,
La impiedad criminal de tu desvío
Y la cruel eclosión de mis terrores.

En sabática noche de amargura,
La macabra visión del desaliento
Ritualizó el desdén de tu locura;

Morbosamente audaz, un pensamiento,
Desgarrando una blanca vestidura
Insinuó tu primer remordimiento.

LA PARTIDA.

Nieva sobre mi angustia inconsolable
El adiós de tu larga despedida,
El espasmo mórtal. Interminable
Fué tu adiós silencioso, en la partida.

Aquella tarde cruel, inconsolable
Tu mano se agitó en la despedida.
Y en un largo perdón, interminable
Mi pañuelo oficiaba en tu partida.

Como una tromba de lirismos vanos
Desmayaron mis últimos adioses
En la inconsciencia de mis sueños vanos.

Y el rito del pañuelo en los adioses
Fué silencioso y gris, como en los vanos
Juramentos sin fin de los adioses.

CAÍN.

Depuis l'aube des temps je plaine sur la
Vie — Tel un oiseau de proie aux
serres de démon.

Saint-Pol, Roux.

Lleva el fardo de tu odio, gran proscripto,
Al través del desierto. Mientras vivas,
Vivirá tu tragedia, y aquel grito
De tu hermano, y la sombra vengativa.

El Crimen quedó atrás. Pero el Delito
Engendra pesadillas agresivas.
Abel te está mirando, ... Estás maldito...
Huye, Caín... Aviva el paso, aviva...

Y ante el asombro mudo del desierto
El hermano de Abel va, lentamente,
Bajo el ojo de sangre de aquel muerto.

Babeó el odio sobre él su gran Pecado,
Y una piedra golpeó sobre su frente
El dolor de aquel ojo alucinado.

SALOMÉ.

En la noche del Sábát, una rosa
En sus tonos caducos diluía
La extraña idealidad de una Utopía
Sobre blanco marfil. Tu misteriosa

Carne de virgen blanca, temblorosa,
Era la más artística teoría
Del pudor. Y dos soles de Etiopía
Desmayaban su sombra voluptuosa

Cual furtiva caricia, en tu blancura.
En tus ojos, dos gotas de Locura
Irritaron al Crimen. La Demencia

Hizo temblar tu carne como un grito,
Y en la ruda obsesión de tu delito
Te escupe Yo Kanaan su indiferencia.

